

todo se arreglaba según su deseo, retiróse y se dirigió lentamente á su buhardilla de la calle de Saint-Victor.

Era ya más de media noche, y un viento fresco corría por las calles, desiertas y silenciosas. El joven sólo oía el rumor uniforme de sus pasos resonando en las losas de la acera; la frescura del aire le llenaba de bienestar; y el silencio y las sombras le producían rápidas é íntimas sensaciones de voluptuosidad.

Se había desembarazado de su crimen y había matado á Camilo. Todo aquello era negocio concluido, del cual no se hablaría más. Viviría tranquilo esperando tomar posesión de Teresa.

La idea del asesinato le había sofocado algunas veces; y ahora, que aquello estaba concluido, sentía su pecho desahogado, respiraba á sus anchas, veíase curado de los sufrimientos que la vacilación y el miedo le producían.

En el fondo, realmente estaba como atontado, y la fatiga entorpecía sus pensamientos y sus miembros. Entró, por último en su casa, y se durmió profundamente.

Durante su sueño, ligeras contracciones nerviosas recorrían su rostro.

XIII

A la mañana siguiente Lorenzo se despertó muy fresco y bien dispuesto. Había dormido bien.

El aire frío que entraba por la ventana del cuarto fustigaba su sangre entorpecida. Apenas se acordaba de las escenas de la víspera, y sin el escozor ardiente que le quemaba el cuello hubiera podido creer que se había acostado á las diez de la noche, después de una velada tranquila.

La mordedura de Camilo era como un hierro incandescente aplicado á su piel: y cuando fijó su pensamiento en el vivo dolor que lo producía sufrió cruelmente, como si una docena de agujas penetrasen poco á poco en su carne.

Batió el cuello de su camisa, y miróse la herida

en un mal espejo de quince sueldos colgado en la pared. La herida parecía un agujero rojo, ancho, del tamaño de una pieza de diez céntimos. La piel había sido arrancada, y la carne aparecía rosácea con manchas negras, especie de hilillos sanguinolentos que se deslizaban hasta el hombro.

Sobre el cuello blanco destacábase la herida con un tinte oscuro y sombrío, situada en el lado derecho, algo más abajo de la oreja...

Lorenzo, encorvado y alargando el cuello, se miraba en el espejo verdoso que daba á su cara una expresión siniestra.

Satisfecho de su examen, se lavó, diciéndose que la herida estaría cicatrizada en pocos días. Luego se dirigió á su oficina como de ordinario. Allí refirió el accidente con voz conmovida. Cuando sus compañeros de oficina leyeron el suelto que circulaba por la prensa, relativo al suceso, consideraron á Lorenzo como á un héroe. Durante una semana los empleados del ferrocarril de Orleans no tuvieron otro asunto de conversación; estaban orgullosos de que uno de los suyos se hubiese ahogado...

Grivet no dejaba de predicar acerca de la imprudencia de aventurarse en la corriente del Sena, cuando tan fácil es ver cómo se desliza el agua desde los puentes.

Pero Lorenzo sentía una inquietud: el fallecimiento de Camilo no se había podido comprobar oficialmente.

El marido de Teresa estaba bien muerto; mas el asesino hubiera querido encontrar el cadáver para que se levantase acta del fallecimiento. Habíase buscado en vano el cuerpo del ahogado; creíase que estaría sepultado en el fondo de algún agujero de los ribazos de las islas, y los desocupados registraban activamente el Sena por ganar la prima.

Lorenzo se impuso la obligación de pasar todas las mañanas por la Morgue, al dirigirse á su escritorio, y á pesar de la repugnancia que sublevaba su corazón, á pesar de los estremecimientos de asco que le sacudían, fué puntualmente, durante ocho

días consecutivos, á examinar el rostro, de los ahogados extendidos sobre las losas.

Cuando entraba allí, un olor nauseabundo, olor á carne lavada, le hacía desfallecer, y parecía que la humedad de las paredes se infiltraban en sus vestidos que pesaban sobre sus hombros; iba derecho á la vidriera que separaba de los cadáveres á los espectadores; pegaba á los cristales su rostro pálido, y miraba...

Delante de él se alineaban las piedras grises, y en ellas yacían los cuerpos desnudos, simulando grandes manchas verdes y amarillentas, blancas y rojas; algunos conservaban, en la rigidez de la muerte, sus carnes vírgenes y otros asemejaban montones de músculos sangrientos y podridos.

En la pared del fondo colgaban los harapos lamentables del vestido de los muertos; sayas y pantalones que resaltaban ridículamente sobre la fría desnudez del yeso.

Lorenzo sólo veía al principio un conjunto sombrío de losas y de paredes, manchado de rojo y de negro, por los vestidos y cadáveres, y oía el rumor del agua que corría. Poco á poco distinguía los cuerpos, y entonces los miraba uno á uno. Cuando veía cadáveres hinchados y amoratados por el agua, mirábales, ávido de reconocer á Camilo.

Pero todos los ahogados son gordos; percibía vientres enormes, muslos hinchados, brazos redondeados y fuertes; y dudaba en presencia de aquellos cuerpos verdosos que parecían reírse de él.

Una mañana sintióse dominado por un verdadero espanto: examinaba hacia algunos minutos á un ahogado, pequeño de estatura y atrozmente desfigurado. El agua corriente caía sobre sus carnes casi disueltas y se las llevaba á pedazos; el chorro había abierto un agujero al lado de la nariz; y de repente, ésta se aplastó bajo el peso del agua, y los labios se separaron, dejando ver unos dientes muy blancos... La cara del ahogado se reía.

Cada vez que creía reconocer á Camilo, Lorenzo sentía un fuego en el corazón; deseaba ardiente-

mente tomar á ver á su víctima, y era presa del miedo cuando se figuraba que el cuerpo de su víctima estaba allí.

Sus visitas á la Morgue le llenaban de visiones el cerebro y le producían estremecimientos. Procuraba sustraerse al miedo, y tratábase de chiquillo; quería ser fuerte; pero á pesar suyo la carne se rebelaba y se apoderaba de él el espanto desde el instante en que respiraba la humedad y hediondez de la sala.

Cuando no había ahogados en la última fila de losas, su repugnancia era menor. Se consideraba un simple curioso, y hasta sentía un extraño placer mirando la muerte cara á cara, en actitudes lúgubres y aun grotescas.

Aquel espectáculo le divertía, sobre todo, cuando había cuerpos de mujeres mostrando el seno. Aquellas desnudeces brutalmente extendidas sobre la piedra gris, manchadas del sangre, agujereadas en algunos sitios, le atraían y le retenían.

Una vez vió á una muchacha del pueblo de unos veinte años, que parecía dormida sobre la piedra. Su cuerpo fresco y gordo tenía una blancura delicada. Sonreía á medias con la cabeza un poco inclinada y presentando el pecho en actitud provocadora. Hubiérasele creído una cortesana si no hubiese tenido junto al cuello una raya negra como un collar sombrío. Era una niña que se había ahorcado por un disgusto amoroso. Lorenzo paseó largo rato sus miradas sobre aquel hermoso cuerpo, dominado por una especie de deseo pavoroso.

Todas las mañanas, mientras estaba en la Morgue, oía detrás de sí el vaivén del público entrando y saliendo.

La Morgue es un espectáculo al alcance de todos los bolsillos, que se proporcionan gratuitamente los paseantes pobres y ricos; la puerta está abierta y entra allí quien quiere.

Hay verdaderos «amateurs», que dan una vuelta por la sala todos los días, para no faltar á ninguna

Teresa Raquín—6

de aquellas representaciones de la muerte; y cuando las losas están vacías, desnudas, la gente se retira contrariada, murmurando entre dientes como si la hubieran robado algo.

Cuando las piedras están repletas, cuando aquello es una buena exposición de carne humana, los concurrentes se oprimen, se entregan por completo á las emociones baratas, se espantan, se burlan, aplauden ó silban, como en un teatro, y salen satisfechos, declarando que la Morgue ha tenido un gran éxito aquel día.

Lorenzo conoció pronto al público que frecuentaba el lúgubre recinto; público híbrido, abigarrado, que se apiadaba y se mofaba.

Entraban obreros, llevando bajo el brazo su pan y las herramientas, y entre ellos algún gracioso de taller hacía reír á los concurrentes diciendo chistes acerca de la mueca de los rostros de los cadáveres. A las víctimas de un incendio les llamaba carboneros, ahorcados, á los que habían caído bajo los golpes del puñal asesino, los suicidas, que tenían el pecho agujereado y la cabeza hecha pedazos, excitaban su verbosidad, y su voz un poco temblorosa balbuceaba frases cómicas en el silencio de la sala.

Luego llegaban pequeños propietarios, viejos delgados y secos, paseantes que entraban allí como desocupados, y que miraban los cuerpos rígidos con ojos estúpidos y con expresión de hombres pacíficos y delicados. Las mujeres estaban en gran número: había casi siempre jóvenes obreras coloradas, con las ropas muy limpias, que iban y venían de un lado á otro de la vidriera abriendo desmesuradamente los ojos para ver mejor el sombrío cuadro con tanta ilusión cual si estuviesen ante los escaparates de un establecimiento de novedades; había mujeres del pueblo con expresión estúpida y también señoras bien vestidas arrastraban indolentemente por aquellas sucias piedras sus faldas de seda.

Un día Lorenzo vió á una de estas últimas que se mantenía en pie á algunos pasos de la vitrina, tapándose las narices con un pañuelo de batista,

Llevaba un elegante saco de seda gris y una mantelita negra. Cubriale el rostro un velito y sus manos enguantadas eran pequeñas y delicadas. Trascendía á perfume de violeta. Miraba un cadáver. Sobre una piedra á poca distancia, yacía estirado el cuerpo de un buen mozo, un albañil, que se había matado al caer de un andamio. Tenía el pecho ancho y cuadrado, los músculos cortos y gruesos, y la carne blanca y gorda. La muerte le daba aspecto mármóreo. La dama le miraba; le daba vueltas por así decirlo con la mirada, le pesaba, se abstraía en el espectáculo de aquel hombre. Levantó un extremo del velo, miró un momento más y se marchó.

Algunas veces entraban bandadas de pilluelos, de doce á quince años, que corrían á lo largo de la vidriera, y sólo se detenían ante los cadáveres de las mujeres desnudas. Paseaban miradas lúbricas por los pechos, aprendiendo el vicio en la escuela de la muerte.

La Morgue es para los muchachos vagabundos de París, su primera querida.

Lorenzo, al cabo de una semana, estaba desalentado. De noche soñaba con los cadáveres que había visto por la mañana, y el sufrimiento, el disgusto que diariamente se imponía, le turbaron de tal manera, que resolvió hacer únicamente otras dos visitas.

Al día siguiente al entrar en la Morgue sintió en el pecho una violenta sacudida; en frente de él, sobre una losa, Camilo le miraba, tendido de espaldas, con la cabeza levantada, con los ojos entreabiertos...

El asesino se aproximó lentamente á la vidriera, como atraído, sin poder apartar de su víctima las miradas. No sufría, pero sentía un frío interior y ligeros picotazos en la superficie de la piel. El había creído temblar más.

Quedóse inmóvil durante cinco minutos, sumido en una contemplación involuntaria é inconsciente, grabando á su pesar en el fondo de su memoria todas las líneas horribles y todos los colores sucios del cuadro que tenía ante sí.

Camilo estaba innoble. Había permanecido quince días dentro del agua. Su semblante se hallaba aún rme y rígido; los rasgos de su fisonomía se conservaban; la piel solamente había tomado un color amarillento y fangoso. La cabeza, huesosa, seca, algo tumefacta, hacía una mueca y se inclinaba un poco hacia un lado; tenía el cabello pegado á las sienes, y los párpados levantados, mostrando el globo amarillento de los ojos, los labios retorcidos, estirados hacia un ángulo de la boca, tenían un gesto horrible; un pedazo de lengua negruzca asomaba por entre los dientes.

Aquella cabeza, curtida y estirada, como conservaba apariencia humana, había quedado más espantosa.

El cuerpo parecía un montón de carne disuelta. Se había descompuesto mucho.

Sus brazos no estaban pegados; las clavículas rompían la piel de los hombros. Sobre el pecho verdoso resaltaban en negro las costillas. El lado izquierdo estaba abierto y mostraba su color rojizo. Todo el tronco estaba podrido. Las piernas, más firmes, presentaban repugnantes manchas y los pies colgaban.

Lorenzo miraba á Camilo. Jamás había visto un ahogado tan espantoso. El cadáver tenía aspecto raquítico, miserable, pobre; era como un puñado de podredumbre. Hubiérase adivinado fácilmente que aquello era un empleado de mil doscientas pesetas, estúpido y enfermizo, á quien su madre había nutrido con caldos.

Aquel pobre cuerpo que había crecido entre sábanas calientes, yacía en la fría losa.

Lorenzo, cuando pudo arrancarse á la curiosidad punzante que le tenía encantado, salió y echó á andar rápidamente por el muelle.

Y mientras hablaba, repetía muchas veces: «He aquí lo que he hecho de él. Resulta bien innoble.»

Y parecióle que un olor acre le seguía, el olor que debía exhalar aquel cuerpo en putrefacción.

Fué á buscar al viejo Michaud, y le dijo que acababa de reconocer á Camilo sobre una losa de

la Morgue. Fueron llenadas con gran actividad todas las formalidades, se enterró al ahogado y se levantó el acta de defunción.

Lorenzo, tranquilizado desde aquel momento, gozó voluptuosamente el olvido de su crimen y de las escenas enojosas consiguientes al asesinato.

XIV

La tienda del pasaje del Pont-Neuf estuvo cerrada durante tres días. Cuando se abrió nuevamente, parecía más triste y más húmeda. Hasta el escaparate, que había amarilleado con el polvo, parecía llevar el luto de la casa, y todo acusaba un completo abandono.

Detrás de los gorros de algodón suspendidos en el enrejado de alambre, veíase el rostro de Teresa de palidez mate y terrosa, con la inmovilidad de una calma siniestra.

Todas las comadres del pasaje lamentaban la desgracia. La vendedora de joyas falsas mostraba á cada uno de sus parroquianos el semblante flaco y entristecido de la joven viuda, como una curiosidad interesante y lamentable.

Tres días permanecieron en el lecho la señora Raquín y Teresa, sin hablarse una palabra, sin verse. La anciana tendera, sentada en el lecho y sostenida por almohadones, miraba con vaguedad de idiota; la muerte de su hijo había asestado un golpe tremendo á aquella pobre cabeza que cayó como atontada.

Permanecía la infeliz mujer horas enteras tranquila inerte, absorta en su desesperación; y de pronto acometida de una crisis, lloraba, gritaba y deliraba.

Teresa, en la alcoba cereana, parecía dormir, se había vuelto de cara á la pared y extendida hasta los ojos la ropa de la cama: así permanecía rígida, muda, inmóvil, sin que un sollozo ni un estremecimiento de su cuerpo levantase el lienzo que la cubría.

Hubiérase dicho que procuraba ocultar en la

sombra de la alcoba los pensamientos que la atoraban.

Susana, que velaba á las dos mujeres, iba suavemente de una á otra, arrastrando los pies con cuidado, é inclinando su rostro hacia las camas, sin poder conseguir que se volviese Teresa, que sólo respondía con bruscos movimientos de impaciencia, ni que se consolase la señora Raquín, que se deshacía en llanto en cuanto una voz le sacaba de la postración.

El tercer día Teresa rechazó la ropa que la tapaba, y sentóse en el lecho súbitamente, con una especie de decisión febril. Se separó su cabello y apretóse las sienes, quedando así algunos momentos, con las manos en la frente y los ojos fijos, como si reflexionase. Después saltó al suelo.

Sus miembros estaban temblorosos y enrojecidos por la fiebre, y anchas placas lívidas malizaban su piel que se replegaba como falta de carne. Había envejecido.

Susana, al entrar, sorprendióse mucho al verla levantada, y aconsejóla con acento plácido y afectuoso que volviera á acostarse y á reposar; mas Teresa no la escuchaba, y buscaba y se ponía los vestidos apresuradamente, con gestos febriles y temblorosos. Cuando estuvo vestida miró al espejo, frotóse los ojos, se pasó la mano por la cara como para borrar algo. Sin pronunciar una palabra atravesó rápidamente el comedor y entró en el cuarto de la señora Raquín.

La vieja se hallaba entonces en un momento de imbecilidad. Al acercarse Teresa, volvió la cabeza y siguió con la mirada á la joven viuda, que fué á colocarse cerca de ella, silenciosa y oprimida.

Contempláronse las dos mujeres algunos segundos: la sobrina con ansiedad creciente; la tía haciendo esfuerzo penoso de memoria, recordando. La señora Raquín se acordó, por fin, y extendiendo los brazos temblorosos cogió á Teresa por el cuello y gritó con dolor:

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Camilo!

Lloraba y sus lágrimas se evaporaban sobre la

piel ardiente de la joven viuda, que escondía sus ojos secos entre los pliegues de la sábana. Teresa permanecía encorvada, dejando que la anciana madre agotase su llanto. Desde el día del asesinato temía esta primera entrevista, y se había quedado en cama para retrasar el instante, y para reflexionar á sus anchas acerca del terrible papel que debía representar.

Cuando vió á la señora Raquín más tranquila, empezó á moverse delante de ella, y aconsejóla que se levantara y bajase á la tienda. La tendera, que había vuelto á la infancia, sintió que la aparición brusca de su sobrina la producía una crisis favorable, que le devolvía la memoria y la conciencia de las cosas y de los seres que la rodeaban. Dió gracias á Susana por sus cuidados, y habló, aunque débilmente, sin delirio, con voz llena de una tristeza que la sofocaba á cada momento.

A veces veía salir á Teresa, y rompía á llorar súbitamente y llamábala para abrazarla, sollozando, y decíala con voz entrecortada que ya sólo ella la quedaba en el mundo.

Por la tarde consintió en levantarse, y probó á comer. Teresa pudo ver entonces el golpe terrible que había recibido su tía.

Las piernas de la pobre anciana se habían entorpecido. Fué necesario darla un bastón para que se arrastrase hasta la mesa del comedor, y allí, pareciale que las paredes bailaban á su alrededor.

Sin embargo, desde la mañana siguiente quiso que se abriese la tienda. Temía volverse loca si estaba sola en su cuarto. Bajó pesadamente la escalera de madera, fijando dos pies en cada pedazo, y fué á sentarse detrás del mostrador.

A partir de aquel día, la señora Raquín estuvo allí como clavada en su sereno dolor. A su lado, Teresa soñaba y esperaba.

La tienda volvió á adquirir su calma sombría.

XV

Lorenzo volvió por la noche durante dos ó tres días. Quedábase media hora en la tienda hablando con la señora Raquín, y luego se marchaba, sin haber mirado de frente á Teresa.

La anciana tendera le consideraba como al salvador de su sobrina, como un noble corazón, que había hecho lo posible por devolverla su hijo. Le acogía con tierna bondad.

Un jueves por la noche Lorenzo estaba aún allí cuando entraron el viejo Michaud y Grivet. Daban las ocho.

El empleado y el antiguo comisario de policía juzgaban, cada uno por su lado, que ya era tiempo de volver á reanudar sus queridas costumbres sin sin mostrarse importunos, y llegaron al mismo tiempo, como movidos por el mismo resorte.

Olivier y Susana entraron detrás de ellos.

Subieron al comedor, y la señora Raquín, que no esperaba á nadie, se apresuró á encender la lámpara y á hacer el té.

Cuando todos estuvieron sentados alrededor de la mesa, cada uno enfrente de su taza, y se vació la caja del dominó, la pobre madre, transportada súbitamente al pasado, miró á sus invitados y prorrumpió en sollozos.

Había un lugar vacío; el de su hijo.

Su desesperación enfrió y molestó á la reunión.

Todos los semblantes mostraban cierta beatitud egoísta.

Aquellas gentes sentíanse avergonzadas, puesto que no conservaban el menor recuerdo de Camilo.

—Vamos, querida señora—exclamó el viejo Michaud con tono impaciente,—es menester que no os desesperéis así, volveréis á caer enferma.

—¡Todos somos mortales!—añadió Grivet.

—Esas lágrimas no resucitarán á vuestro hijo,—dijo Olivier sentenciosamente.

—Yo os ruego que no nos apenéis,—murmuró Susana.

Y como la señora Raquín sollozase más fuerte, sin poder contener sus lágrimas:

—¡Vamos, vamos! ¡Un poco de valor!...—repuso Michaud.—Ya comprendéis que venimos aquí para distraeros... ¡Qué diablo! No nos entristezcamos, procuremos olvidar... Jugamos á dos sueldos la partida. ¿Eh? ¿Qué os parece?

La tendera contuvo sus lágrimas, haciendo un esfuerzo supremo.

Quizá comprendió el feliz egoísmo de sus huéspedes.

Enjugóse los ojos, todavía agitada; las fichas del dominó temblaban en sus débiles manos; las lágrimas que le habían quedado bajo los párpados la impedían ver.

Jugaron.

Lorenzo y Teresa habían asistido á aquella corta escena, con aire grave é impasible.

Al joven le encantaba ver que se reanudaban las veladas de los jueves.

Las deseaba ardientemente, creyendo que tendría necesidad de ellas para alcanzar su objeto.

Además sin saber por qué, encontrábase mejor entre algunas personas conocidas y se atrevía á mirar de frente á Teresa.

La joven, vestida de negro, pálida y recogida, parecíale dotada de una belleza que no había visto antes.

Se sintió feliz al buscar sus miradas y advertir que se fijaban en las suyas con fijeza animosa.

Teresa le pertenecía completamente; carne y corazón.

XVI

Pasaron quince meses. Se endulzaron las asperezas de los primeros días, y cada cual llevaba ya á la familia Raquín una tranquilidad, un consuelo más; la vida recobró su curso ordinario, con esa languidez cansada y ese estupor monótono consiguiente á las grandes crisis.

Lorenzo y Teresa se dejaron llevar hacia aquella nueva existencia que les transformaba.

Operóse en ellos un trabajo sordo que habría sido necesario analizar con delicadeza extremada si se hubiese querido señalar con precisión todas sus fases.

Pronto comenzó Lorenzo á ir todas las noches, como antes, á la tienda. Pero no comía allí ni se instalaba en la casa durante veladas enteras.

Llegaba á las nueve y media y se retiraba después de cerrado el almacén.

Hubiérase dicho que cumplía un deber yendo á ponerse al servicio de las dos mujeres.

Si un día dejaba de ir se excusaba al siguiente con humildad de criado.

El jueves ayudaba á la señora Raquín á encender lumbre y hacer los honores de la casa.

Tenía atenciones que encantaban á la anciana tendera.

Mirábale Teresa tranquilamente agitarse en torno de ella.

Había desaparecido la palidez de su rostro, y había mejorado mucho, siendo su expresión más sonriente, más dulce; y apenas alguna que otra vez se dibujaban en sus labios, frunciéndose en una contracción nerviosa, dos pliegues profundos, que daban á su cara una extraña expresión de dolor y espanto.

Los dos amantes no procuraron verse á solas, jamás se dieron cita ni cambiaron furtivamente un beso.

El asesino había calmado por entonces la fiebre voluptuosa de su carne.

Matando á Camilo, consiguieron la satisfacción de aquellos deseos fogosos é insaciables que no habían podido saciar el uno en brazos del otro.

Sin embargo, habrían tenido gran facilidad, para entregarse á la vida libre del amor, cuya idea les impulsó á dar muerte á Camilo.

La señora Raquín, impedida, casi imbécil, no era un obstáculo.

La casa les pertenecía, pudiendo salir y encaminarse á donde mejor les pareciese.

Pero el amor ya no les tentaba, y sus deseos se habían disipado.

Permanecían allí uno enfrente del otro, mirándose sin rubor y sin estremecimientos, como si hubiesen olvidado los frenéticos abrazos que habían aplastado su carne y hecho crujir sus huesos.

Hasta evitaban encontrarse á solas.

En la intimidad no sabían qué decirse.

Temían manifestarse mutuamente demasiada frialdad.

Cuando cambiaban un apretón de manos sentían malestar al contacto de su piel.

Con todo, ellos creían explicarse actitud tan indiferente, aquello era efecto de su prudencia.

Su calma, su abstinencia, eran, según ellos, obra de su alta diplomacia.

La repulsión, el malestar que sentían, parecían un resto de espanto, un sordo miedo al castigo.

Alguna vez se entregaban á la esperanza, procuraban reanudar las ardientes ilusiones de otros días; pero se asombraban al comprender que su imaginación estaba vacía.

Y entonces se mecían en la idea de su próximo casamiento: logrado su objeto, no teniendo nada que temer, entregados el uno al otro, sentirían de nuevo su pasión y gozarían las soñadas delicias.

Esta esperanza les tranquilizaba, les impedía descender al fondo del abismo abierto delante de ellos.

Persuadíanse de que se amaban como antes, y aguardaban la hora que les había de hacer completamente felices para siempre.

Jamás Teresa sintió tanta calma en su espíritu.

A no dudar estaba mejor que nunca.

Todas las implacables exigencias de su sér se habían relajado.

Teresa reconocíase dichosa, sola en su lecho, sin sentir al lado el flaco semblante y el cuerpo enfermizo de Camilo, que exasperaba su carne y la sumía en deseos violentos.

Crefase aún doncella, durmiendo bajo los blancos cortinajes, en medio del silencio y de la obscuridad.

Agradábale su cuarto, ancho y un poco frío, con su elevado techo, sus rincones oscuros y su aspecto de claustro. Hasta llegó á gustar de aquella inmensa pared negra fronteriza á su ventana; y durante todo un verano estuvo horas enteras todas las noches contemplando las piedras grises de la pared y los lienzos de cielo estrellado cortados por los tejados y las chimeneas.

No pensaba en Lorenzo sino cuando alguna pesadilla la despertaba con sobresalto; entonces, sentándose en la cama trémula, con los ojos muy abiertos, arrebujándose en su propia camisa, decíase que no sentiría aquellos sustos si durmiese con un hombre.

Pensaba en su amante como en un perro que la guardase y protegiese, pero sin que su piel fresca y tranquila la produjera el menor estremecimiento de deseo.

De día, cuando estaba en la tienda, se interesaba por las cosas externas, saliéndose de sí misma y de sus ideas de odio y de venganza.

La meditación la fastidiaba ya, y sentía necesidad de moverse y de ver.

De la mañana á la noche estaba mirando las gentes que atravesaban el pasaje, y el ruido y el movimiento la divertían.

Tornóse curiosa, bachillera, mujer, en fin, porque hasta entonces sólo tuvo ideas y actos de hombre.

Merced al espionaje á que se dedicaba, fijóse en un estudiante, que vivía en una casa de pupilos cercana, y que pasaba varias veces al día por delante de la tienda.

Ese joven tenía rostro pálido, grandes cabellos de poeta y bigote de oficial.

Y parecióle á Teresa muy distinguido hasta el punto de que se enamoró de él durante una semana como una colegiala.

Leía novelas, y comparaba al joven con Lorenzo; deducía que este último era muy grueso y pesado.

La lectura desplegó ante su espíritu románticos horizontes desconocidos; sólo había amado con su sangre y con sus nervios, y amó ya con su cabeza.

Un día el estudiante desapareció, tal vez por haber cambiado de habitación.

Teresa le olvidó para siempre en pocas horas. Suscribióse á un gabinete literario, y se apasionó por los héroes de las novelas.

Este súbito amor á la lectura tuvo notable influencia en su temperamento.

Gracias á él adquirió una sensibilidad nerviosa, que la hacía reír ó llorar sin motivo.

El equilibrio que tendía á establecerse en ella, fué roto por aquella excitación.

A veces caía en una especie de vago ensueño; y á ratos el pensamiento de Camilo la agitaba y entonces pensaba en Lorenzo, con nuevos deseos, llenos de temor y de desconfianza.

Ya buscaba un medio para casarse inmediatamente con su amante; ya pensaba huirle, no volverle á ver jamás.

Las novelas, hablándole de castidad y de honor, pusieron un obstáculo entre sus instintos y su voluntad.

Siguió siendo la bestia indomable que quería luchar con el Sena, y que se había arrojado violentamente en el adulterio; pero tuvo conciencia desde entonces de la bondad y del honor; comprendió el rostro mudo y la actitud muerta de la mujer de Olivier, y supo que no se podía matar á un marido y ser dichosa.

Ya no era la misma y vivió en lo sucesivo sufriendo una cruel indecisión.

Lorenzo por su parte atravesó también por diversas fases de calma y de fiebre.

Experimentó primero un sosiego profundo; sentíase como descargado de un peso enorme. Algunas veces se preguntaba con extrañeza, creyendo haber sido víctima de un mal sueño, si en realidad había arrojado á Camilo al Sena, y había visto su cadáver sobre una losa de la Morgue.

Sorprendíale extrañamente el recuerdo de su crimen, pues nunca se había creído capaz de un asesinato.

Temblaba á pesar de su prudencia, al imaginar que habría podido descubrirse el crimen y que le hubieran guillotinado.

Sentía entonces en su cuello el frío del cuchillo.

Cuando se trató de obrar, marchó de frente sin vacilación, con ceguedad de bruto.

Pero entonces, al ver el abismo que había franqueado, le asaltaban desfallecimientos de espanto.

—Seguramente estaba loco — pensaba. — Estaba borracho. Esa mujer me había colmado de caricias. Dios mío. ¡He sido un imbécil y un loco! He corrido el riesgo de la guillotina por semejante enredo. En fin, todo pasó... Pero si tuviese que volver á hacerlo, no lo haría.

Tornóse más blando, más prudente, más cobarde que nunca.

Engordó y se apoltronó.

Cualquiera que hubiese estudiado aquel cuerpo enorme rebosando sobre sí mismo, y que no tenía, al parecer, ni huesos ni nervios, no se hubiese atrevido á acusar á Lorenzo de violencia y crueldad.

Volvió á sus antiguas costumbres, y fué durante varios meses, un empleado modelo, que desempeñaba su tarea con embrutecimiento ejemplar.

Por la tarde comía en un bodegón de la calle de Saint-Victor, cortando el pan en pequeños pedazos, mascando lentamente las viandas, procurando prolongar la comida.

Después se recostaba contra la pared, y fumaba despacio su pipa.

Se le hubiera tomado por un hombre gordo de buena índole.

Durante el día nada pensaba, y por la noche dormía con sueño profundo y sin pesadillas.

Con su rostro colorado y redondo, el estómago lleno y el cerebro vacío era feliz.

Su carne parecía muerta, y ni siquiera pensaba en Teresa

Acordábase de ella alguna vez, como de la mujer con quien había de casarse algún día, en un porvenir indeterminado.

Esperaba con paciencia la hora de su casamiento, olvidándose de la mujer y soñando sólo en la nueva posición que entonces adquiriría.

Abandonaría su empleo, pintaría como «amateur»: holgaría, enfin.

Estas esperanzas le llevaba todas las noches á la tienda del pasaje, no obstante el vago malestar que sufría al entrar en ella.

Un domingo estaba muy aburrido, y no sabiendo qué hacerse, dirigióse á casa de un antiguo compañero de colegio, el joven pintor con quien había vivido largo tiempo.

El artista trabajaba en un cuadro que deseaba enviar al *Salón*, y que presentaba á una *Bacante* desnuda, reclinada sobre un pedazo de alfombra.

En el fondo del taller estaba acostada la modelo: una mujer desnuda, echada, con la cabeza hacia atrás, el torso ladeado y la cadera levantada.

Aquella muchacha reía á cada momento, alargando los brazos para desperezarse.

Lorenzo, que se había sentado enfrente de ella, la miraba, fumando y hablando con su amigo.

Su sangre latía con violencia y sus nervios se irritaron contemplándola.

Estuvo allí toda la tarde, y luego llevóse la muchacha á su casa.

La pobre joven le amó, porque le parecía un hombre guapo y fué su querida durante un año. Lorenzo no supo decirse nunca si la amaba, ni tampoco se le ocurrió la idea de que, teniéndola por querida, era infiel á Teresa.

Sentíase más satisfecho y más feliz: he aquí todo.

Por otra parte, la muchacha no le costaba dinero.

Estaba todo el día sirviendo de modelo á los pintores, y se mantenía de lo que se ganaba.

Entre tanto, el luto de Teresa había concluido.

La joven vestía de color y llegó el día en que Lorenzo la encontró rejuvenecida y embellecida.

Pero experimentaba siempre cierto malestar delante de ella.

Hacia algún tiempo que creía verla febril, llena de extraños caprichos, riendo y entristeciéndose sin motivo.

Aquella indecisión le asustaba, pues le hacía adivinar en parte su lucha y su zozobra.

Vivía tranquilamente, con sus apetitos perfectamente satisfechos, y temía exponer el equilibrio de su vida casándose con una mujer tan nerviosa, cuyas pasiones violentas le habían arrastrado al crimen.

El primer choque que recibió, y le sacudió de su marasmo, fué el pensar que ya era preciso disponer su matrimonio con Teresa, pues hacía quince meses que había muerto Camilo.

Hubo un momento en que Lorenzo rechazó en absoluto aquel matrimonio, pensando en dejar plantada á Teresa y conservar á la modelo, cuyo amor complaciente y barato le bastaba.

Después se dijo que no podía haber matado á un hombre inútilmente; acordándose del crimen y de los esfuerzos desesperados que hizo por la posesión de aquella mujer, comprendió que el asesinato resultaría inútil y atroz si no se casaba con ella.

Arrojar un hombre al agua para robarle su viuda, esperar quince meses y decidirse al fin á vivir con una muchacha que arrastraba su cuerpo por todos los estudios de pintor, parecióle algo muy ridículo, que le hizo sonreír.

Por otra parte, ¿no estaba unido á Teresa por un lazo de sangre y de horror?

Sí; la sentía gritar y retorcerse alrededor de sí mismo: pertenecía á ella.

Temía á su cómplice, pues quizás si no se casaba iría ella misma á contárselo todo á la justicia en un arrebatado de vengativos celos.

Estas ideas se atropellaban en su cabeza y sentía calentura.

En este estado se hallaba cuando la modelo le

abandonó bruscamente. Sin duda había encontrado otro lecho más caliente y confortable.

Lorenzo se afligió un poco; sólo por la noche echó de menos á la mujer que dormía á su lado, y experimentó de súbito un vacío en su existencia.

Ocho días después sus nervios se rebelaron.

Comenzó nuevamente á pasar noches enteras en la tienda del pasaje, á mirar á Teresa con ojos en que resplandecían fulgores rápidos.

La joven, que salía estremecida de sus largas lecturas, languidecía y se abandonaba bajo aquellas miradas.

Así volvieron al deseo y á la angustia después de un año largo de aguardar indiferentes.

Una noche Lorenzo, al cerrar la tienda, detuvo un instante á Teresa en el pasaje.

—¿Quieres que vaya esta noche á tu cuarto?— preguntóle con voz ardiente.

La joven hizo un gesto de espanto.

—¡No, no! ¡Esperemos!...—dijo.—Seamos prudentes...

—Pareceme que hace mucho tiempo que espero— dijo Lorenzo.—Estoy cansado y te quiero.

Teresa le miró con locura, y el calor le abrasaba las manos y el rostro. Pareció vacilar, y en seguida con tono brusco, dijo:

—Casémonos, y seré tuya.

XVII

Lorenzo, con el espíritu en tensión y la carne excitada, salió del pasaje.

El consentimiento y á la vez el hálito caliente de Teresa acababan de provocar en él los acres apetitos de otros días.

Echó á andar por los muelles, con el sombrero en la mano, para recibir en pleno rostro todo el aire del cielo.

Cuando llegó á la calle Saint-Víctor, y á la puerta de su casa, tuvo miedo de subir y de hallarse solo. Terror pueril, inexplicable, imprevisto, que

Teresa Raquin—7.